



Intercátedra

Revista académica de I-educativa

Editorial del Instituto de Investigación
para la Innovación Educativa



I-educativa

Editorial del Instituto de Investigación
para la Innovación Educativa



CRÓNICAS Y NARRATIVAS

Vol. 1 · Núm. 1 · Octubre de 2025

Las invisibles de cofia blanca

Memoria obrera y femenina en Santa Elena, Entre Ríos

Ana Yolanda Pemayón

Profesora de Historia, Docente Universitaria, Abogada, Mediadora Educativa

Antes de que el cierre dejara su marca, Santa Elena fue trabajo, río y fábrica. El Paraná bajaba ancho, con esa paciencia antigua de las aguas que han visto pasar demasiadas cosas. A un costado, la ciudad aprendía sus horarios junto al frigorífico: el movimiento de la mañana, la ropa preparada desde la noche anterior, las calles todavía frescas, los pasos apurados hacia los portones.

No era solamente un lugar de trabajo. Era una forma de ordenar la vida. La fábrica marcaba el tiempo, el comercio, las conversaciones, los silencios familiares. También marcaba jerarquías. Había nombres que quedaban en los papeles y otros que apenas rozaban la memoria pública. Entre esos nombres casi borrados estaban ellas: las mujeres de cofia blanca.

La cofia les cubría el pelo por higiene, por disciplina, por norma fabril. Pero también, de algún modo, les cubrió el nombre. Las volvía parecidas ante la mirada de quienes no querían distinguirlas. En esos pasillos fríos, excesivamente pulcros, sus siluetas se movían con sigilo, concentradas en una idea simple y enorme: trabajar duro, atravesar las ocho horas, volver a casa, seguir.

Debajo de cada cofia había una vida entera. Había mujeres casadas, solteras, separadas, divorciadas, viudas, con hijos o sin ellos. Había alegrías pequeñas, tristezas guardadas, expectativas, cansancios, preocupaciones y esperanzas renovadas. Había cuerpos que aprendieron a resistir el frío de la fábrica y después el peso más íntimo de la casa.

La historia obrera suele recordar los grandes nombres: empresas, dueños, barcos, exportaciones, crisis, fechas de apertura y de cierre. Pero hay otra historia, más baja y más persistente, que no siempre entra en los archivos. Es la historia de quienes sostuvieron la producción y, al mismo tiempo, la vida cotidiana. Mujeres que trabajaron a la par de los hombres, aunque muchas veces su esfuerzo fuera leído como ayuda, complemento o simple obligación.

En una sociedad marcada por mandatos patriarcales, ser mujer obrera no fue una concesión amable del tiempo. Fue una decisión y, muchas veces, una necesidad. Ellas entraban a la fábrica y ocupaban un lugar que no les era regalado. Tenían que demostrar fortaleza sin incomodar demasiado, responsabilidad sin pedir reconocimiento, dignidad sin levantar demasiado la voz.

La cofia blanca fue oficio, disciplina y pertenencia. También fue frontera. Separaba el cuerpo laboral del cuerpo doméstico, aunque esa separación durara apenas lo que tardaban en cruzar la puerta. Porque al salir del frigorífico no terminaba la jornada. En muchas casas comenzaba otra: la comida, los hijos, la ropa, la escuela, los enfermos, los mayores, la preocupación por llegar a fin de mes.

Santa Elena, como tantas ciudades obreras, tuvo una memoria escrita en masculino. No por ausencia de mujeres, sino por costumbre de mirar hacia otro lado. Ellas estuvieron siempre. En la fábrica, en las cocinas, en las veredas, en las esperas, en las cuentas hechas con lápiz y prudencia. Estuvieron en el auge y también en la caída. Estuvieron cuando el pueblo parecía tener un destino asegurado y cuando ese destino empezó a romperse.

Después llegaron los años difíciles y, con ellos, la palabra que todavía lastima: cierre. Cuando el frigorífico se apagó, Santa Elena no perdió solamente una fuente de trabajo. Perdió una manera de nombrarse. La fábrica era sustento, pero también era reloj, mapa, orgullo, conflicto, herida. Su ausencia entró en las casas como entra el frío por una rendija: despacio al principio, después por todas partes.

El cierre no cayó igual sobre todos los cuerpos. Muchos hombres quedaron frente a una intemperie que no sabían decir. Muchas familias debieron aprender otra economía, otra vergüenza, otra forma de esperar. Y otra vez, como tantas veces, las mujeres sostuvieron. Cocinaron, cuidaron, buscaron recursos, acompañaron silencios, inventaron salidas pequeñas para dolores grandes.

Por eso esta crónica no puede contarse solamente desde los portones del frigorífico. Hay que contarla también desde las manos. Desde las ollas. Desde los regresos cansados. Desde las mujeres que envejecieron sin que nadie les pidiera testimonio. Desde las que ya no están y, sin embargo, siguen presentes en una manera de caminar, de trabajar, de no rendirse.

El Paraná, mientras tanto, siguió bajando. En los pueblos de río, el agua no es paisaje de fondo: es compañía, frontera, trabajo, promesa y memoria. Mira pasar las generaciones y guarda, a su modo, lo que los documentos no alcanzan a decir. Tal vez por eso la historia de Santa Elena no puede separarse de esa orilla. La fábrica miraba al mundo desde el río, y las mujeres miraban la vida desde una orilla más íntima: la de la resistencia diaria.

Hay memorias que no hacen ruido. No levantan monumentos ni ocupan placas. Se quedan en una palabra dicha en la cocina, en una fotografía familiar, en el modo en que una hija recuerda a su madre volviendo cansada y entera. Allí también está la historia. Allí, en esa zona doméstica que tantas veces fue desestimada, se sostuvo una parte decisiva de la vida obrera.

Las cofias blancas no fueron un detalle del paisaje fabril. Fueron parte de la memoria profunda de Santa Elena. Dejaron huellas en cada rincón de aquella fábrica y también en la trama social que la rodeaba. No fueron invencibles porque no sintieran miedo o cansancio. Fueron invencibles porque siguieron, aun cuando nadie les facilitaba el camino.

Recordarlas no es adornar el pasado. Es discutir la forma en que el pasado fue contado. Es preguntar por qué ciertas vidas fueron consideradas centrales y otras apenas nombradas. Es mirar de nuevo esa cofia blanca y entender que allí había oficio, disciplina, salario, deseo, pena, orgullo y una dignidad que no necesitó permiso para existir.

La historia las invisibilizó, pero no pudo borrarlas. Cada pasillo frío guarda algo de ellas. Cada plato servido después del cansancio. Cada silencio tragado. Cada gesto de ternura. Cada jornada cumplida. Cada cofia blanca que cubrió un nombre, pero no logró apagar una vida.

Las invisibles de cofia blanca no eran invisibles. Solo hacía falta aprender a mirar.

Cómo citar esta edición: Pemayón, A. Y. (2025). Las invisibles de cofia blanca: Memoria obrera y femenina en Santa Elena, Entre Ríos. Ieducativa Intercátedra, 1(1). <https://ieducativa.edu.ar/revista/>